

Estas son las ropas tuyas, y los brazos, señora, éstos, que en defensa de tu fama serán del honor trofeos. Mira lo que determinas, que, si tomas mi consejo, huyendo de los peligros sale victorioso el cuerdo.

MARIAD. Pastor... no pastor, mas sí; que pues hoy del lobo fiero la inocencia de mi fama has defendido, no tengo blasón mejor con que honrarte: yo pagaré lo que debo á tu generoso trato con largos y nobles premios. Estos vestidos infames tu verdad abonan, puesto que tal vez juraran falso si á Josef doy por ejemplo. Vamos á Jerusalén, donde, con honroso trueco, justos premios satisfagan la nobleza de tus hechos, y donde, libre y seguro, juzgue el aborrecimiento descortes desacatos del atrevido idumeo. ¿Cómo te llamas?

HERODES. Claricio.

MARIAD. Hacerte claro prometo entre cuantos la privanza sobre sus alas ha puesto.

HERODES. Dame á besar esas manos. ¡Oh amor criado en enredos, con bien de aqueste me saca, labraréte de oro un templo! Atado al tronco dejé un caballo de aquel cedro, sube en él, será la aurora que va delante de Febo. (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO, SALOMÉ, ELIACER, EFRÁIM y los PASTORES.

HIRCANO. Muerta la Infanta mi hija, quebró el cristalino espejo en que la naturaleza se miraba.

FASELO. Si esto es cierto, en tómulos lastimosos los tálamos de Himeneo ha convertido la envidia, cuando á desposarme vengo. De mi vida á su memoria la haré sacrificios tiernos, sin que á restauralla basten persuasiones ni consuelos.

ARISTÓB. ¿Aquí dices que mi hermana quedó?

PACHÓN. Como se lo cuento. (Entran.)

HIRCANO. Entrad por ella, ¡ay de mí! ¿cómo vivo, pues que muero? (Salen.)

ELIACER. No hay en toda esta cabaña sino es en su pobre suelo unas pajas miserables, y entre sayales groseros estos curiosos y nobles. (Saca los vestidos de Herodes.)

TIRSO. ¡Aun el diablo vería eso!

HIRCANO. Villanos: ¿qué es de mi hija? ¿no habláis?

PACHÓN. ¿Qué quiere que hablemos?

FENISA. ¿No le juimos á llamar? ¿no la pusimos ahí dentro, quemando porque oliscaba á manojos el espliego? Quizá quien la agarró el alma volvió después por el cuerpo, ó la comió.

FASELO. ¿Estos vestidos de mi hijo?

HIRCANO. Sin duda estos villosos.

TIRSO. ¡Aún peores!

ARISTÓB. ¿Hay más?

HIRCANO. ¿Qué es?

FASELO. Mi sol.

PACHÓN. ¿Hay más?

HIRCANO. ¡Oh criatura que prometiste ser un ángel!

PACHÓN. No les digas nada.

HIRCANO. Prencipios de favores que te debo, hasta que me des un hijo.

PACHÓN. Fenisa.

FENISA. Más.

HIRCANO. ¡Ay! No cederé á su voluntad.

ARISTÓB. Yo cederé.

PACHÓN. ¿De qué?

PACHÓN. en el mundo.

Salen MARIADNES.

Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre en las hierbas menudas que marchita y á ese caballo dan fértil pesebre;

y mientras el tirano solicita mi deshonra y su bárbara venganza por la ocasión que tu valor le quita, entre estas sombras que el rigor no alcanza, y en cuyas hojas leves representa á los tiempos el viento su mudanza, premiada tu lealtad tome á su cuenta principios de favores que te debo, y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES.

Afrentaránse de favor tan nuevo estos cedros y palmas, gran señora, de la ventaja y dicha que les llevo; quisieran ellos humillar agora sus elevadas cumbres y cabezas

Tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia y á Demóstenes puedes compararte, ¿cómo, falto de letras y experiencia, utilizas conceptos y palabras y á Atenas hurtas el lenguaje y ciencia? Y aunque el misterio á mis enigmas abras, con respuestas que ignoro y dificulto; dime si al sol y al aire riges cabras y su inclemencia por el monte inculto los rostros tiraniza, pues los yerra como si el ver sus rayos fuera insulto. Si el cultivar la siempre fértil tierra paga surcos en callos que en las manos por la dureza imitan á la sierra, ¿cómo injurias afeites cortesanos, siendo excepción de generales leyes?

Acabo de comprar en ésa librería unos tomos de la Biblioteca de Autores Españoles, pero uno de los tomos está trunco, por ser unicamente el primero, y ademas me confundí en el título pues yo desea Romanes, por lo cual suplico a Uds. se sirvan cambiarme dicho tomo, bien sea por las obras de Tirso de Molina, en dos tomos, por las de Los Libros de Caballeria, tambien en dos tomos, y al efecto con el portador les remito el Cancionero mas \$3.00, Gracias.

Si Añemen los Romanes preferiria cambiulo por estos.

los que en techos míseros asisten; que aunque es verdad que los ingenios nacen delicados, tal vez en cualquier parte, los oradores con el uso se hacen, ó la naturaleza pule el arte.

que el Rey del sacro monte que á Salomón dió cedros para que el templo corte y Hiram el mundo llama, se honra con el nombre

Estas son las ropas tuyas,
y los brazos, señora, éstos,
que en defensa de tu fama
serán del honor trofeos.
Mira lo que determinas,
que, si tomas mi consejo,
huyendo de los peligros
sale vitorioso el cuerdo.

MARIAD. Pastor... no pastor, mas sí;
que pues hoy del lobo fiero
la inocencia de mi fama
has defendido, no tengo
blasón mejor con que honrarte:
yo pagaré lo que debo
á tu generoso trato
con largos y nobles premios.
Estos vestidos infames
tu verdad abonan, puesto
que tal vez juraran falso
si á Josef doy por ejemplo.
Vamos á Jerusalén,
donde, con honroso trueco,
justos premios satisfagan
la nobleza de tus hechos,
y donde, libre y seguro,
juzgue el aborrecimiento
descortes desacatos
del atrevido idumeo.
¿Cómo te llamas?

HERODES. Claricio.
MARIAD. Hacerte claro prometo
entre cuantos la privanza
sobre sus alas ha puesto.
HERODES. Dame á besar esas manos.
¡Oh amor criado en enredos,
con bien de aqueste me saca,
labraréte de oro un templo!
Atado al tronco dejé
un caballo de aquel cedro,
sube en él, será la aurora
que va delante de Febo. (Vanse.)

ESCENA XVIII

Salen HIRCANO, FASELO, ARISTÓBULO, SALOMÉ,
ELIACER, EFRÁIM y los PASTORES.

HIRCANO. Muerta la Infanta mi hija,
quebró el cristalino espejo
en que la naturaleza
se miraba.

FASELO. Si esto es cierto,
en tómulos lastimosos
los tálamos de Himeneo
ha convertido la envidia,
cuando á desposarme vengo.
De mi vida á su memoria
la haré sacrificios tiernos,
sin que á restauralla basten
persuaciones ni consuelos.

ARISTÓB. ¿Aquí dices que mi hermana
quedó?

PACHÓN. Como se lo cuento. (Entran.)

HIRCANO. Entrad por ella, ¡ay de mí!
¿cómo vivo, pues que muero?

(Salen.)

ELIACER. No hay en toda esta cabaña
sino es en su pobre suelo
unas pajas miserables,
y entre sayales groseros
estos curiosos y nobles.

(Saca los vestidos de Herodes.)

TIRSO. ¡Aun el diablo vería eso!
HIRCANO. Villanos: ¿qué es de mi hija?
¿no habláis?

PACHÓN. ¿Qué quiere que hablenos?

FENISA. ¿No le juimos á llamar?
¿no la pusimos ahí dentro,
quemand

á manoje

Quizá que

volvío de

ó la comen

algunos

FASELO. ¿Estos v

de mi he

HIRCANO. Sin dud

estos vil

TIRSO. ¡Aún po

ARISTÓB. ¿Hay m

HIRCANO. ¿Qué es

FASELO. Mi sol,

PACHÓN. ¿Hay s

le dé u

promet

HIRCANO. ¡Oh cr

que pe

homic

dos so

que de

enterr

PACHÓN. No le

si es c

cera H

HIRCANO. Prenc

desco

hasta

PACHÓN. Fenis

FENISA. Más

HIRCANO. ¡Ay

No d

de e

que

ARISTÓB.

PACHÓN. Yo

FENISA. ¿De

PACHÓN.

en

ESCENA PRIMERA

Salen MARIADNES y HERODES de pastor.

MARIADNES.

Deja, pastor, que el sol sus flechas quiebre
en las hierbas menudas que marchita
y á ese caballo dan fértil pesebre;

y mientras el tirano solicita
mi deshonra y su bárbara venganza
por la ocasión que tu valor le quita,
entre estas sombras que el rigor no alcanza,
y en cuyas hojas leves representa
á los tiempos el viento su mudanza,
premiada tu lealtad tome á su cuenta
principios de favores que te debo,
y porque los asiente, aquí te asienta.

HERODES.

Afrentaránse de favor tan nuevo
estos cedros y palmas, gran señora,

Tú, pues, sin él, que afrentas la elocuencia
y á Demóstenes puedes compararte,
¿cómo, falto de letras y experiencia,
sutilizas conceptos y palabras
y á Atenas hurtas el lenguaje y ciencia?
Y aunque el misterio á mis enigmas abras,
con respuestas que ignoro y dificulto;
dime si al sol y al aire riges cabras
y su inclemencia por el monte inculto
los rostros tiraniza, pues los yerra
como si el ver sus rayos fuera insulto.
Si el cultivar la siempre fértil tierra
paga surcos en callos que en las manos
por la dureza imitan á la sierra,

Nota - Las facturas que se verifican antes de vencer el plazo, tendrán un descuento de 1 por ciento mensual por el tiempo que falta.

Acordo en comprar en las Librerías unos tomos de las Bibliotecas de autores Españoles, pero uno de las tomos está escrito por ser únicamente el primero, y además me continúa en el título.

quiero yo deese Romanesca, por lo cual emplico a Uda. se alivan cambiarlos dichos tomos, bien sea por las obras de C. B. S. M. Nos repetimos de la Oficina de Impresores de S. J. No repetimos de la Oficina de Impresores de S. J. seguir la franquicia con sus facturas apretadas pedidas. Constanza con la cual nos honra, y en copia que sea. Dando nuestras repetidas gracias por la

El importe de la presente factura, sea...

en idiomas de corte artificiales,
los que antiparas toscas cual tú visten,
con palabras groseras satisfacen
á los que en techos miseros asisten;
que aunque es verdad que los ingenios nacen
delicados, tal vez en cualquier parte,
los oradores con el uso se hacen,
ó la naturaleza pule el arte.

discreta los conoce,
sabrás, hermosa Infanta,
que el Rey del sacro monte
que á Salomón dió cedros
para que el templo corte
y Hiram el mundo llama,
se honra con el nombre

de padre mío, puesto que injuria estos blasones. Fertilizó su sangre en himeneos conformes, el cielo con tres hijos, los dos dellos varones. Y siendo yo el pequeño, mis años corresponden al grado en que he nacido que en dichas son menores. Como perdí el derecho al reino, que dispone su herencia al mayorazgo, porque los demás lloren, mis quejas satisfizo con darme en fuerzas dobles para un alma de cera un corazón de bronce. Dispúsome á la guerra, que en ella inclinaciones dan á segundos hijos riquezas y opiniones. Y haciendo alarde al viento de plumas y atambores, de galas á Cupido y á Marte de escuadrones, salí contra el de Arabia que, descuidado entonces, pagaba en verdes años censo en deleites torpes. Vencile, brevemente, que ahorrando digresiones no con prolijos cuentos pretendo que te enojés; dándole, pues, la muerte, á su vivir conforme, di á mis hazañas reinos y á mi valor renombres. Y mientras que permito que afrenten y despojen tesoros y hermosuras soldados vencedores, en una galería entré, que en artesones dorados eran suma del cielo y de sus orbes. Caía á un jardín bello por cuyos corredores jazmines frescos eran escalas de sus flores. Colgaban sus paredes pinceles triunfadores de la naturaleza, cuyas ostentaciones bellezas celebraban, robaban corazones y daban almas vivas alientos y colores. En medio estaba un cuadro y en él (no sé cómo ose pintarle sin su injuria mi lengua agora torpe) un fénix de belleza, poco dije, perdone la diosa enamorada que en rosa volvió á Adonis. Yo sé que si la viera

el dios del cuarto coche causara nuevos celos á Clicie y á Leucote; menospreciara á Onfale, el que la rueca pone por el mayor trofeo de sus trabajos doña. Mas, para no cansarte, si quieres que la copie, mírate en el espejo de ese cristal que corre, que estando tú presente, porque su vista goce, no hay para qué sutiles buscar comparaciones. Metiéronla en el alma ojos aduladores, pagando, como el Griego, hospicios con traiciones. Y yo sin mí y con ella volví á ostentar perdones, dando á mi patria vuelta que con festivas voces sus Venus y Narcisos, de amor aduladores, alegres me esperaban con triunfos y ovaciones. Mi padre y dos hermanos, no sé si así los nombre, quisieron por mi cuello desocupar balcones. Y oyendo parabienes, gozando aclamaciones, cantándome victorias Homeros y Anfiones. Veo á mi padre ingrato, ¡ay si muriera entonces! del Rey Orbel de Lidia honrando embajadores. Traíanle el retrato de la Princesa Doris, y el sí con el de esposa para mi hermano Orontes. Pagaba el Rey albricias con gracias y con dones, y el Príncipe lozano exageraba amores. Cuando los dos me dicen: —«A tus victorias nobles, añade, Periandro, la dicha que hoy conoces en tu mayor hermano, pues es ya su consorte el sol que á Lidia alumbra en tálamos conformes.»— Dejéronme el retrato, solícitos disponen recibimientos reales; mandan que palios borden, triunfales arcos labran con versos y con motes, ya ingenios muestran prendas que premien intenciones. Partiéronse, al fin, todos, y yo, como quien oye la capital sentencia si impróvido le coge,

estatua fui de mármol por dos horas, inmóvil, que repentinas penas suspenden las acciones. Pero volviendo en mí, furioso de que roben tesoros de esperanzas tiranos salteadores, cual onza que los hijos le llevan cazadores, partí desesperado; y sin saber por dónde, sin seso y sin camino, mil veces con mil voces enmudecí las aves y lastimé los montes. Llegué al fin á un desierto rasgando el traje noble (que mal sufrirá abrigos quien un volcán absconde), y allí, á no socorrieme solícitos pastores, fuera sin duda presa de tigres ó leones. En fin: determinado de huir soberbias cortes, destierro de verdades y amparo de ambiciones, compuse una cabaña de ramos y de adobes donde pobreza rica huyen riquezas pobres. Pero, cuando gozaba, en vez de aduladores, por dulces compañeras mis imaginaciones, una apacible tarde, umbrales de la noche, que el cielo se vestía rosados arboles, veo venir huyendo una mujer de un hombre, si aquel que gustos fuerza es digno deste nombre. Opúseme á su furia con pasos tan veloces, que á un tiempo le alcanzaron mis pasos y mis voces. Y siendo el instrumento de su castigo un roble, á su torpeza y vida dió fin un solo golpe. Volví á ver mi agraviada, y hallé que los colores de nieve y rosicleres, con un desmayo enorme, en gualdas y violetas trocaba, dando entonces premisas á la muerte, obsequias á las flores. Pero, reconociendo sus eclipsados soles, originales bellos de aquella imagen noble que el alma me ha robado agravios y favores, agradecí con quejas

al ciego amor sin orden. ¿Qué hallazgo tan divino con tal pesar congoje? Mas ¿cuándo dió el amor deleites sin dolores? Cogila alegre y triste en brazos, y sirvióme al cuello de cadena libre en tales prisiones, y en un grosero albergue, sobre unas pajas pobres, deposité aquel cielo de amor primero móvil.

MARIAD. Pastor ilustre, espera, primero que provoques sospechas que en el alma engendran mis temores. Con la verdad me engañas, pues pienso que propones sucesos de mi vida trocando el reino y nombres. Casi lo que refieres, antes que el cuento tornes, para pintar mi historia, te da falsos colores. Yo debo ser, sin duda, la que, llamando Doris, cuando á Faseló aguardo, me das por dueño á Orontes. ¿Qué es esto?

HERODES. Infanta bella, sosiega y no te asombren sucesos que á las veces hermanan ocasiones. No es esta la primera que en dos distintos nombres, naturaleza sabia un mismo rostro forme. ¿Qué mucho, pues, que así amor sujetos forje con cuya semejanza engendre admiraciones?

MARIAD. No sé qué diga en eso, tú mismo me responde, y acaba de sacarme de tantas confusiones.

HERODES. Quedaba de mi historia...

MARIAD. En que dejaste á Doris dando con su desmayo á amor ponderaciones.

HERODES. Viéndola, pues, así, y que para que goce cabellos la ocasión al viento los descoge, su poca resistencia, la soledad de un monte y, en fin, amor que ciego casi imposibles rompe, por poco me vencieran con necias persuasiones á que el valor olvide y que la honra postre. Mas la razón, que cuerda, noblezas reconoce, ató al atrevimiento deseos y ocasiones. Pues sólo satisfecha

con que la vista goce
despojos sin injuria
del sol que es bien que adore,
licencia dió á los labios
para que, mientras cogen
el ámbar de su aliento
se impriman en sus flores.
Pero antes que prosiga
mis lícitos amores,
bellísima señora,
¿qué hicieras tú si entonces,
volviendo del desmayo,
sirvieran de eslabones
tus brazos de marfil
al cuello de quien oyes?
¿Y más, si satisfecha
de las obligaciones
con que amparó tu fama,
supieras que aquel hombre,
abeja de tus labios,
atrevimientos nobles
ejecutando en ellos
gozó tales favores?

MARIAD. Aunque con tal pregunta
en confusión me pones,
y á sospechosas dudas
indicios das mayores,
no sé si agradecida
á que por él no lllore
mi honra restaurada
agravios violadores,
pagara resistencias
de un apetito torpe
con dalle honestos frutos
á quien sus rosas coge.
Y si al contrario desto
contigo lo hizo Doris
y ingrata dió á tu hermano
de esposa mano y nombre,
engaño á su honor hizo,
pues necia defraudóle
primicias usurpadas
de labios ya traidores.
Mas de eso, ¿qué coliges?

HERODES. ¡Oh, juez sin pasión! Oye...
mas no podrás, que vienen
tus viles ofensores;
mi vida con tu fama
á cargo el valor tome,
pues no es bien que consienta
que nadie te deshonre.

MARIAD. ¡A y Dios! ¿Por dónde vienen?
HERODES. Vuelve los claros soles,
podrá ser que los ciegos;
veráslos que trasponen
aquel verde collado.

MARIAD. Y yo, porque te asombre,
pues el valor me anima
de mis antecesores,
ofreceré á las aras
que el mundo al honor pone
la vida, antes que el mío
sus viles manos toquen.
Mas ¿qué es de ellos?

(Mientras ella vuelve á ver los que vienen,
se quita el sayo rústico y queda en calzas
y jubón de tavi muy bizarro.)

HERODES. Aquí
tus dos ojos vencedores,
de amor siempre invencible,
verán metamorfosis.
Yo soy, hermosa Infanta,
quien triunfos y blasones,
como á deidad suprema.
hoy á tus plantas pone.
Pintada me rendiste
y viva echas prisiones
á un alma que allá tienes,
feliz si la conoces.
Halléte casi muerta
y sin testigos, donde
pudieran apetitos
vencer obligaciones;
pero mi amor hidalgo
alegre contentóse
con que pagasen labios
deseos acreedores.
Juez fuiste de ti misma
en tribunal de flores,
sentencias ejecuta
y agradecida ponme
en posesión de gustos,
que, como trueque el nombre
de amante en el de esposo,
en láminas de bronce
escribirá á los tiempos
de Doris y de Orontes
engaños verdaderos
tu siempre esclavo Herodes.

MARIAD. Basta: que en Palestina
también nacen Sinones
que ofrezcan entre enredos
á Troya Paladiones.
No quiero revocarte
sentencias que di á Doris,
y pagará Mariadnes,
no con ponderaciones
culpar atrevimientos,
agradecer favores,
loando resistencias,
encareciendo acciones.
Ya Febo ha permitido
que sus caballos mojen
sus crines en el mar
y estrellas da á la noche.
Ocupa, Infante ilustre,
de aquése los arzones,
que yo, alegre en sus ancas,
hoy mostraré á la corte
que amor es coyuntura;
sus dichas, ocasiones;
sus armas, cortesías;
mudanzas, sus blasones.
Perdonará Faseo,
y cuando no perdone,
¿qué importa, como sea
esposo mío Herodes?

HERODES. Dame á besar cristales,
mientras que se corone
mi cuello de tus brazos.

MARIAD. Celosa estoy de Doris,
con ser dama fingida.

HERODES. ¿Por qué, si no es Orontes
quien idolatra en tí?

MARIAD. ¿Pues quién eres?
HERODES. Herodes.

ESCENA II

Sale HIRCANO.

HIRCANO.

No ha el sol de destrenzar cabellos rojos
tras el aurora fría
en el purpúreo Oriente
sin ver salir dos mares de mis ojos
que aneguen cada día
memorias de tu pérdida inclemente;
ni con pincel valiente
podrá la primavera
juntar alegres prados
que alivien mis cuidados,
por más que esmalte flores lisonjeras,
sin dalles mis congojas
más lágrimas que brota en Abril hojas.

ESCENA III

Sale ANTIPATRO. — DICHO.

ANTIPATRO.

No agostará los campos el estío
con pálida guadaña
cuando á abrasallos llegue,
sin que el prolijo y caudaloso río
que mis mejillas baña,
hijo querido, aquestas canas riegue,
ni porque rico llegue
otoño generoso
de frutos adornado,
que sabio ha sazonado,
y ofrece al hortelano codicioso,
de mí tendrá otro fruto
que lágrimas, mi Herodes, en tu luto.

ESCENA IV

Sale ARISTÓBULO. — DICHO.

ARISTÓBULO.

No de plata escarchada hará el Diciembre
al suelo bordaduras
y alfombras al invierno,
que impida, hermosa hermana, que no siembre
entre lágrimas puras
penas que den por fruto llanto tierno,
mi desconsuelo eterno,
Mariadnes querida,
mientras que me faltares
y viviere sin ti con media vida,
convirtiendo mis gustos en pesares
cada vez que se acuerde
obsequias llorará del bien que pierde.

ESCENA V

Sale FASEO. — DICHO.

FASEO.

Viudo antes que casado, quiso el cielo,
mi Mariadnes bella,

que tu pérdida llore,
no merecía tu hermosura el suelo,
sino que vuelta estrella
tu belleza en su zona el sol decore,
por que en ella te adore
la esfera que te abraza;
maldiga el hado fiero
al inventor primero
que á riesgo puso en la silvestre caza
la vida, de quien pierde
por un liviano gusto su edad verde.

ESCENA VI

Sale SALOMÉ. — DICHO.

SALOMÉ.

Si blasonas ser Dios, ¿por qué maltratas,
amor, á quien sujeto
te da el alma en tributo?
Si te precias de dar, ¿por qué dilatas
el premio que el discreto
es árbol que en dar luego dobla el fruto?
Galas truecas en luto,
y faltando mi hermano
con la Infanta, haces vano
con deseo que alienta mi esperanza;
pero en el mar de amar siempre hay mudanza.

HIRCANO.

Cubrid de jerga negra mi palacio,
fúnebres instrumentos
imiten mi tristeza,
dad muerte á esos traidores tan despacio
que duren sus tormentos
lo que mi mal, que cuando acaba empieza;
adornad mi cabeza
en vez de la diadema
y tiara suprema,
que tal caída ha dado á mi grandeza,
de ceniza, y mi vida acabe en ella,
pues falta Herodes y Mariadnes bella.

ESCENA VII

Salen MARIADNES Y HERODES, éste se retira. — DICHO.

MARIAD. Si las muestras de dolor
con que se enluta tu corte
son por mí, padre y señor,
mi vista su mal reporte,
mis brazos paguen tu amor.

HIRCANO. Hija mía: al pecho llega
esa luz sin la cual muerto
en desconsuelos se anega;
que no alegra tanto el puerto
al que sin velas navega;
el perdón al sentenciado,
el tesoro al avariento,
los despojos al soldado,
la fuente fresca al sediento
y el tálamo al desposado,
como tu alegre venida,
cuanto menos esperada,
tanto más agradecida,
pues da á mi vejez cansada
prolongación de su vida.

ASTIRÓB. Quien por muetra os ha llorado,¹
bella hermana, ¡qué consuelo
sentirá cuando os ha hallado!

FASELO. Albricias pida á Fasele
su amor ya desesperado
y mis brazos galardón
de su pasada tristeza.

SALOMÉ. Lloraba la dilación
que daba vuestra belleza
á mi amante corazón;
mas ya que con vos se ve,
en su esperanza primera
mi gozo restauraré.

HIRCANO. Mirad, Infanta, que espera
vuestros brazos Salomé
y el Rey Antipatro, á quien
debe tanto mi corona
y es vuestro padre también,
dándoos su hijo, pregona
triumfos á Jerusalén.
Agradece su venida.

MARIAD. Con más extremo sintiera,
señor, que el perder la vida
el que la dicha perdiera
siendo vuestra hija querida,
quien interesa tener
por mi dueño, prenda vuestra
y el dejar de conocer,
señora, en la corte vuestra
lo que no sé encarecer,
y en vos ha cifrado el cielo.

SALOMÉ. Respondan por mí los ojos
á cuyas lenguas apelo.

FASELO. Para que destierre enojos,
dad al Príncipe Fasele
las nuevas de su ventura;
que si entre luto y dolor
hacer obsequias procura
á su mal logrado amor,
fénix es vuestra hermosura
que de sí misma renace.

HIRCANO. ¿Qué suceso, hija querida,
con tantos extremos hace
que el peligro de tu vida
las de tantos amenace?
¿Qué te sucedió cazando?

MARIAD. Desgracias que venturosas
temo y estoy deseando;
pérdidas que gananciosas
libre me están cautivando.
En fin, con una caída
que tras una garza di
hasta el sol desvanecida,
á un tiempo gané y perdí
la libertad y la vida.
Opuestos contrarios son,
padre, los que necesitan
imprudencia y discreción:
¿hay razones que compitan
con amor y obligación?
Si á los umbrales me vieras
de la muerte desmayada,
y á elección de hambrientas fieras,
que era presa mal lograda
de su crueldad supieras,
y un hombre entonces llegara
que, cortés y piadoso,

segunda vez animara
el cuerpo, que temeroso
la muerte copió en su cara,
con cuya ayuda volviere
al cuerpo el alma constante,
y mi honra defendiese,
¿tuvieras premio bastante
que igual á esta deuda fuese?

HIRCANO. Si aprecia el alma el amor
que te tengo, mi corona
no igualara su valor.

MARIAD. Y si acaso esta persona,
entre la ausencia y rigor
de los celos me adorara,
y en aquella soledad
con la ocasión consultara
lances de la voluntad,
que en estorbos no repara,
y contra apremios de amor
la voluntad lisonjera
reconociera al valor,
y sin mi ofensa saliera
de sí mismo vencedor,
al favor, padre, primero,
¿qué pudieras añadir?

HIRCANO. Estatuas que el tiempo fiero
no bastara á consumir,
por más que vuele ligero.

MARIAD. ¿Y si éste fuera pastor
y se sintiera injuriado
que en premio de su favor,
habiéndome así obligado,
otro usurpara su amor?

HIRCANO. Ese descubriera el pecho
que procuró honrar en vano,
pues mostrara sin provecho
que era en la ambición villano,
si bien nacido en el hecho.
Y pues premios apetece
fuera de su natural,
nada dalle me parece,
que es bien á quien pide mal
le quiten lo que merece.

MARIAD. Alegara, aunque villano,
que le ofreció la ocasión
tiempo, á no ser cortesano,
en que á su satisfacción
se pagara de su mano.

HIRCANO. No importara su porfia,
pues con tan loco interés
le quitó en un mismo día,
lo que mereció cortés,
su misma descortesía.
Y tú, que por él alegas,
si es verdadero el enima
y por un rústico ruegas,
¿cómo á un pastor sin estima
las prendas del alma entregas?
¿Quiéresle bien?

MARIAD. La ocasión
en qué guardó mi honra y vida,
¿no es digna de obligación?

HIRCANO. La que á su ser tosco mida
la prudencia y la razón.

MARIAD. ¿Pagaréle con desdén
su socorro liberal,
Princesa en Jerusalén?

HIRCANO. Eso no.
MARIAD. ¿Querréle mal?
HIRCANO. Tampoco.
MARIAD. ¿Querréle bien?
HIRCANO. Eso sí.
MARIAD. ¿Y el bien querer
no es amar?

HIRCANO. Casi es amor.
MARIAD. Luego casi he de tener
voluntad á este pastor,
que casi me vino á ver
muerta, si no me ayudara.
Pues un casi no es rigor
que su fortuna haga avara;
ni mira en puntos amor,
ni nunca en casis repara,
honra y vida me dió nueva
honra y vida le he de dar,
pues cuando á pedir se atreva
lo que no puedo negar,
¿qué le doy que no le deba?

HIRCANO. De tu mucha discreción,
hija, has ya degenerado
con tan indigna afición.

MARIAD. No hay mal nacido (1)
ni en el noble ejecución
de socorro recibido
que no pague liberal;
los réditos que han corrido
igualan al principal,
y á ejecutar me han venido;
mas dime, si el acreedor
en nobleza me igualase,
¿mereciera que el deudor
con la deuda le negase
la obligación de su honor?

HIRCANO. Entonces por justo empleo
de su valor te entregara,
si tan lícito deseo
la palabra no estorbara
que he dado al Rey idumeo.

MARIAD. ¿No estriba la que me has dado
en que me case con su hijo?

HIRCANO. En ésa me ha ejecutado.

MARIAD. Y si es padre del que elijo,
¿no la habrás desempeñado?

HIRCANO. No hay duda.

MARIAD. Pues dale al cielo
gracias, padre, que no ha sido
pastor de rústico suelo
el que, noble y comedido,
quitó á mi honor el recelo,
como el peligro á mi vida,
sino un Príncipe que aquí
pide paga agradecida
de que, venciéndose á sí
me restituya vencida.
Y amor que estatuas le labra
quiere, en fe de sus blasones,
que templos la fama le abra,
que pague yo obligaciones
y tú cumplas tu palabra.

HERODES. Fortuna, que siempre ha sido

(1) Así en el original; pero el consonante, el metro
y el sentido piden otro verso y completo.

juego de amor de importancia,
de quien sale con ganancia
á veces el más perdido,
cuando más lo estaba yo,
celoso y desesperado,
volvió en mi favor el dado
y en suerte su azar trocó,
pues habiendo el caudal puesto
de mi vida en esta mano

(Dale la mano.)

envidó su amor mi hermano
y ganéle todo el resto.
Un destierro fué el tablero,
y jugador de ventaja
amor, que el dado baraja
con sospechas de fullero.
Si su pérdida llorare,
seguro estoy de perder,
porque no pienso querer
aunque envidé y se repare.
Cuando levantarme trato,
dando barato á mi amor,
en fe de que el jugador
no juega en dando barato,
ni será, padre, cordura
impedir nuestro sosiego
sabiendo que amor y juego
consisten sólo en ventura.
Mariadnes es mi esposa,
si alguno intenta, tirano,
barajarme aquesta mano,
y esta suerte quitarme osa,
no me juzgaré arrogancia
castigar su desatino,
como quien sale al camino
á robarme la ganancia.
Porque estoy determinado
contra cualquiera poder
á morir y defender
el caudal que hoy he ganado.

ANTIPAT. Si es en tu favor el cielo
y esa ganancia permite,
no es bien que yo á Herodes quite
lo que ha perdido Fasele.
Hijos míos sois los dos,
en un mismo grado estáis,
si en competencia jugáis
y perdéis, Príncipe, vos,
ó esotro, cosa es que pasa,
y yo en mi provecho alego
la ganancia deste juego,
pues, en fin, se queda en casa.
La Infanta escoja, que es cuerda,
y juzque esto el Rey Hircano.

HIRCANO. Si Herodes ganó por mano,
Fasele por postre pierda;
que en amor la diligencia
gana de quien se levanta;
dalde la vuestra á la Infanta,
tenga quien pierde paciencia,
y salgamos á alegrar
mi corte, que os llora muerta
de llanto y luto cubierta.

MARIAD. Sí, albricias tengo de dar
de que el alma esposo os cobre,
en fe que adeudada queda,

dadme abrazos que dar pueda,
que sin ellos estoy pobre.

(Van á abrazarse, alborótase FASELO y
légase á detener á Herodes.)

HERODES. Hermano: ya llegáis tarde;
de la Infanta soy esposo,
pierde amando el perezoso
como en la guerra el cobarde.
La ocasión y coyuntura
mis bodas y dichas traza,
que el amor, el juego y caza
sólo consiste en ventura.

(Vanse Herodes y Mariadne de las manos.)

ESCENA VIII

DICHOS, MENOS HERODES Y MARIADNES.

FASELO. ¿Qué es esto, padre cruel?
Riguroso Rey, ¿qué es esto?

ANTIPAT. En la voluntad ha puesto
su imperio amor; quejaos dél,
si contra vos ejecuta,
hijo, su gusto la Infanta,
porque en resolución tanta
sobre gustos no hay disputa.

(Vase con los dos.)

FASELO. Hircano, en el nombre fiero
como en las obras: ¿ansí
se cumplen palabras?

HIRCANO. Di:
la que si cumpliros quiero
halla mil dificultades,
porque la Infanta hace ley
de su gusto y sólo es rey
amor de las voluntades.
La de mi hija es absoluta,
su gusto es fuerza seguir,
que á intentalle resistir
sobre gustos no hay disputa.

(Vase.)

FASELO. Hermana: decidme vos
si esto es sueño ó es verdad.

SALOMÉ. Violencias en voluntad
no las sufre amor, que es dios;
pues que su gusto ejecuta,
desbaratalle es en vano,
pues, como sabes, hermano,
sobre gustos no hay disputa.

(Vase.)

FASELO. ¿Sois vos, Príncipe, también
desta tirana opinión?

ARISTÓB. Amor es obligación
y su paga el querer bien;
la ocasión, tercera astuta,
y el gusto rey que soberbio
dice, conforme al proverbio,
sobre gustos no hay disputa.

(Vase.)

FASELO. La ley que no las admite
no es hija de la razón,
pues la ciencia y la opinión
más probable las admite.
Cuando, ciego, amor las quite
y la acción que tengo tuerza
su agravio, á vengarme es fuerza,
tiranas resoluciones,
que quien no admite razones

da permisión á la fuerza.
Leyes la justicia escribe
que llama el mundo derechos,
y contra tiranos pechos
armas la fuerza apercibe;
cuando mi hermano derribe
mi esperanza, y con desvelos
me ofenda á mí y á los cielos,
si mientras los ejecuta
sobre gustos no hay disputa,
tampoco hay templanza en celos.
Marco Antonio en Asia rige
la monarquía romana,
y á la célebre gitana
su idólatra amor dirige;
ser su Emperador colige
y oprimir la libertad
de Roma, por tanta edad
conservada en su Senado,
conmigo noble ha guardado
las leyes de la amistad,
con César Augusto tiene
guerras por la monarquía,
que no admite compañía
quien á amar ó á reinar viene.
Su opinión mi fe mantiene
contra su enemigo Augusto,
y pues Herodes injusto
á Marco Antonio se opone,
hoy mi venganza dispone
tragedias contra su gusto.
Referiré á Marco Antonio
mi agravio con su delito;
sacando gente de Egipto,
de su amistad testimonio,
y afrontando el matrimonio
que goza y tirano alcanza,
verá con justa mudanza,
pues ciego mi amor disfruta,
que, si en gustos no hay disputa,
hay en agravios mudanza.

ESCENA IX

Salen dos ROMANOS.—DICHOS.

ROM. 1.^o Marco Antonio, mi señor,
que en prueba de tu amistad
quiere en la necesidad
hacerla de tu favor,
antes que á la guerra parta
que sobre el Imperio apresta
contra Augusto, la respuesta
aguarda de aquesta carta.

(Dale una carta.)

FASELO. A medida del deseo
que tengo viene; esperanza:
dad filos á mi venganza
mientras su ejecución leo.
(Lee la carta.) «A embarcarme parto á
la isla de Samos, para reducir al
trance de una batalla naval la pér-
dida ó imperio del mundo contra
Augusto, mi competidor. Llevo ocho-
cientas naves y ciento y cincuenta

ESCENA X

Salen PACHÓN, FENISA y un VERDUGO.

VERDUG. Ya está el potro aparejado,
paciencia, hermano, ¿qué espera?
Acabemos: ropa afuera.

PACHÓN. Quedaréme en verdugado
cuando me quede con él,
que es verdugo sin ser dama.
Fenisa: si el potro es cama
de nuestra boda cruel,
á gentil boda, por Dios,
nos convida el casamiento.
¿No bastaba por tormento
el casarnos á los dos?
Supuesto que hay suegra en casa
¿hay potro que más afrija
que una suegra que, prolija
rezongando al que se casa,
gruñe más que una lechona?

FENISA. ¿En fin, que también á mí
me empotran?

VERDUG. Hermana, sí.

FENISA. El que á nadie no perdona
es un potro, ¡ay mi Pachón!

PACHÓN. Aunque el ánima me arrancas,
tú irás, Fenisa, á las ancas,
y yo me tendré al arzón.

FENISA. ¡Oh huego de Dios en potro
que sin albarda ni cincha
ni camina ni relincha!

PACHÓN. Ese potro, dómele otro,
pues, no comiendo cebada,
sin menearse de un puesto
al rollo llega tan presto
que es su ordinaria jornada.

VERDUG. Acaben.

FENISA. No se dé prisa.

VERDUG. ¿No se desnudan?

FENISA. ¡Ay cielo!

PACHÓN. Potro de palo y en pelo
á caballo y en camisa,
corcovos sin caminar,
medroso en él, el más diestro
al de encima con cabestro
y al de abajo sin herrar.
Atados el uno al otro,
descoyuntando medulas,
verdugo el mozo de mulas,
¡válgate el diablo por potro!
FENISA. ¿Y qué tormento, si sabe,
mos tienen de dar?

VERDUG. De toca.

FENISA. ¿Qué es de toca?

VERDUG. Abrir la boca,
y toda el agua que cabe
en un cántaro tragar
con veinte varas de lino.

PACHÓN. No huera mejor de vino,
¿agua es la que os han de echar?

VERDUG. Agua que aun no sufren peñas.

PACHÓN. ¿Con tocas un hombre honrado?
¿Han mis tripas enviudado,
ó son por ventura dueñas?

VERDUG. Así sacarse procura
la pura verdad.

PACHÓN. Pues ¿cómo,

mil hombres. Todos los Reyes, mis
amigos, muestran serlo en mi ayuda,
y no espero yo menos de V. Alteza,
estando en el primer lugar. Aventa-
jaráse á todos si, trayéndome preso á
su hermano el Infante Herodes, par-
cial de mi contrario, aseguramos un
enemigo poderoso, y será dichoso
pronóstico de mi vitoria si para pre-
mio della viene en su compañía la In-
fanta de Jerusalén Mariadnes, cuya
hermosura en relación me tiene sin
libertad para uno y otro. Envío pro-
visiones bastantes y aguardo la eje-
cución por ellas de entrambas cosas.
Los dioses me den vitoria y á V. Al-
teza guarden. De Bizancio á las Ca-
lendas de Junio, año de la fundación
de Roma 754. Yo el Emperador.»

ROM. 2.^o Estas son las provisiones
que Marco Antonio te envía.

FASELO. Di que de la dicha mía
son felices comisiones.
Si la amistad se antepone
al deudo que hay más cercano,
y me ha ofendido mi hermano,
su deudo y sangre perdone.
¡Ay amorosos desvelos,
lo que estas cartas precia
si sus letras no borrara
la sospecha de mis celos!
A Mariadnes quiere ver
en muestras de su hermosura
Marco Antonio, y si procura
juntar á amor su poder,
¿qué hará en viendo sus despojos
quien de oídas la celebra,
si amistad y leyes quiebra
amor que asiste en los ojos?
Que se la lleve me pide,
y aunque en la Egipcia idólatra,
¿qué mucho deje á Cleopatra
y obligaciones olvide
de nuestra amistad pasada,
que aunque la Gitana es bella,
al fin para aborrecella
basta ser mujer gozada?
Perdonará su amistad,
que no llega su valor
á las aras del amor
ni ley de la voluntad.
Porque mis sospechas claras,
aunque su amistad admiten,
sólo que llegue permiten
el amigo hasta las aras.
El tentar á la fortuna
no es cordura en tal manda,
ni de dos cosas que manda
será poco hacer la una.
Prender á mi hermano quiero,
que es lo que le está mejor
á mi venganza y amor,
porque de su muerte espero
resucitar mi esperanza,
aumentar mi patrimonio
y granjear de Marco Antonio
la amistad y la privanza.

(Vanse.)

- si un cántaro de agua tomo,
sacarán la verdad pura?
VERDUG. Todo esto se excusará
si confesáis este robo
y estas muertes.
PACHÓN. No es mal bobo
su mercé. Pues venga acá.
Si Fenisa algo supiera,
¿luego no lo desbuchara?
¿No sabe que no la para
secreto que no eche fuera?
¿Para qué eran menester
potro, cordel ni testigos?
¿No hay mayores enemigos
que el secreto y la mujer?
¿No ve que en las más calladas,
cuando se ven en aprieto,
es mal de madre el secreto
que las hace dar arcadas?
Ahora acabe de saber
que meten por no guardalle
los dedos para sacalle,
Mas ¿qué es esto?
VERDUG. Deben ser
los jueces.
PACHÓN. Fenisa: el miedo
dentro el alma me da voces.
FENISA. ¡Huego en potro que da coces
que matan y se está quedo!

ESCENA XI

Salen FASELO, HERBEL y otros.

- FASELO. Mi padre y el Rey Hircano
tengan, Herbel, por prisión
el alcázar de Sión;
y del presidio romano
quinientos hombres los guarden,
porque desta suerte trato
que no estorben el mandato
de Marco Antonio, ni aguarden
que ruegos ni persuasiones,
al tirano de mi amor
han de poder dar favor
ni aliviarle las prisiones.
Esté también detenida
la Infanta en su mismo cuarto,
mientras á Grecia no parto
á quitalle con la vida
de su esposo la esperanza
de gozar su libertad,
mientras que mi voluntad
lo que le usurpó no alcanza.
Guardas la poned también.
HERBEL. Así, gran señor, se hará.
FASELO. Y por sus bodas verá
tragedias Jerusalén.
Salgan libres esos dos,
pues inocentes están.
PACHÓN. Mas, ¿no, nada?
VERDUG. ¿No se van?
PACHÓN. ¿Dónde?
VERDUG. Libres.
PACHÓN. Mas, ¿por Dios?
FENISA. ¿Sin tormentos ni quillotos?

- HERBEL. Ya los Infantes perdidos
parecieron.
PACHÓN. ¿Sin ruidos
de tocas, aguas y potros?
HERBEL. Acabad.
PACHÓN. Adiós, rabel,
por quien paga la garganta
en el aire lo que canta
bamboleos á un cordel.
Cama mal encordelada,
que en vez de chinchas y pulgas
verdades buscas y espulgas;
arpa siempre destemplada,
donde con voces prolijas
en vez del Orfeo sutil
te tañe un verdugo vil
y son piernas las clavijas,
y brazos del desdichado
á quien tus cuerdas dan vueltas:
do las culpas van absueltas
cuando no se han confesado.
Que si á nuso Rey profeta
las tuyas Dios perdonó,
cuando aquél pecó, cantó
al arpa con voz perfeta.
Al que en ti cantó sus penas,
porque otra arpa en ti se ve,
apenas dice «pequé»
cuando á muerte le condenas.
Potro que, sin coyunturas,
te quedas sano y entero,
y el que llevas caballero
sale con las mataduras.
Corra tus carreras otro
que, pues de ti me libré,
más vale salir á pie
que á la jineta en tal potro. (Vanse.)

ESCENA XII

Sale EFRAÍM.

- EFRAÍM. A tu hermano, gran señor,
traen á tu presencia preso.
FASELO. Que temo velle os confieso,
que, aunque á mi sangre es traidor,
es mi hermano, y mis enojos
su presencia ablandará,
que es mi sangre, y se entrará
al corazón por los ojos.
Pluguiera á Dios que no fuera
tan á costa de mi vida
la injuria dél recibida,
que si yo vivir pudiera
sin la prenda que me ha hurtado,
viera en mí la diferencia
que le hace la clemencia
de que noble me hepreciado.
Sin la Infanta será en vano
adorándola vivir,
y si él uno ha de morir,
viva yo y muera mi hermano,
vengándose mis enojos
sin verle, que en tal demanda
amor, como es niño, ablanda
niñas que están en los ojos.
Llevalde preso conmigo,

que, si á la Infanta renuncia,
la muerte que ya pronuncia
Marco Antonio, su enemigo,
contra él, vuelta en amistad,
celebraré en su favor
los quilates de mi amor
y la ley de mi piedad. (Vanse.)

ESCENA XIII

Salen HERODES preso y JOSEFO.

- HERODES. ¿Por qué sin verme te vas,
tirano? ¿Por qué razón
temes mostrarme la cara,
si es de infames el temor?
Las espaldas me volviste;
mas, haces bien, que al fin hoy
echas, vendiendo tu sangre,
á las espaldas tu honor.
Vuélvelas y podrás verme
por ellas, que ya sé yo,
villano, que las espaldas
son la cara del traidor.
Medrando vas en oficios:
ayer Príncipe te vió
Idumea; hoy, mercader;
creciendo va tu opinión.
A feria de afrentas vas,
caudal llevas de valor,
abre tiendas á tu infamia,
venda en ellas tu traición
tu misma sangre, que della
sacarás caudal mayor,
que fraticida primero
materia de tu lición.
Si te sentiste agraviado
de que me pusiese amor,
siendo juez la voluntad,
en la hermosa posesión
de la Infanta, armas tenías,
desafíos aplacó
la venganza y el agravio
donde pudieras mejor
vengar injurias del alma,
que no vil pesquisidor,
cifrar armas en procesos,
civil juez de comisión.
Agraviarte de que goce
despojos que la ocasión,
el tiempo, la soledad
y hasta un desmayo ofreció
al deseo, que cortés
de sí mismo vencedor,
obligando comedido
generoso conquistó.
¿Y no te agraviaras de ser
afrentoso ejecutor
de quien, torpe, solicitas
menosprecios de tu amor?
¿No te pide Marco Antonio
la Infanta? ¿No te escribió
que, preso de su belleza,
intenta ser su opresor?
Pues, dime, amante tercero:
¿parécete que es mejor,
en ofensa de tu dama,

- ser mercader de su honor?
¿Que, gozándola tu hermano,
obligarnos á los dos,
cortesano liberal,
á darte inmortal blasón?
¿Tú eres Príncipe? ¿Tú, hermano?
¿Tú, amante? ¿Tú...?
JOSEFO. Gran señor:
¿de qué sirven esas quejas?
HERODES. De aliviar el corazón.
¡Ay, Josefo! ¿Cómo puedo,
cuando sé que á morir voy,
dejar en Jerusalén
el alma en tal confusión?
¿Podré yo tener descanso,
cuando en un infierno estoy
de celos, si mi enemigo
de mi Infanta es sucesor?
Hoy á mi esposa he alcanzado,
pues ¿será justo que hoy
llame dueño con mi muerte
á mi ingrato matador?
Ya á FASELO llame esposo,
ya al cruel Emperador,
siendo un preso de su gusto
de afrentosa posesión,
¿qué gloria en el otro mundo
tendrá el alma que la amó,
si despojos que ha ganado
premio de otro dueño son?
¿Quieres tú darme remedio?
JOSEFO. Pluguiera, Príncipe, á Dios,
que hallaran en mí tus penas
segura satisfacción.
HERODES. Si la hallarán, si eres fiel.
JOSEFO. Siempre te tuve afición.
HERODES. En Jerusalén te deja
por sabio Gobernador
mi tirano fraticida;
á los muertos es razón
satisfacer los amigos
dando muestras de su amor;
no túmulos de Artemisa,
no aromas que exhala el sol,
no pirámides de Menfis
han de hacer ostentación
de la lealtad que me debes,
sino una resolución,
quilate de tu amistad,
descanso de mi pasión.
JOSEFO. Cuanto más difícil fuere
dándome fama mayor,
ilustrará más mi nombre
y honrará mi sucesión.
La vida y el ser te debo;
hechura, Príncipe, soy
de tus manos; deshacerme
puedes, seguro dispón
de mí y della á tu servicio.
HERODES. Júrame, pues, si no son
lisonjeras tus promesas,
de ser fiel ejecutor
de lo que aquí te mandare.
JOSEFO. Niégume su amparo Dios,
su sepultura la tierra
y el mundo su habitación
cuando no lo ejecutare,